

Hamburgo», es frase que ya en tiempo de paz se atribuía a la más alta autoridad de Alemania.

Y fíjese el lector en que esto no es maquiavelismo. Se puede decir contra Maquiavelo que no vacila en recomendar al gobernante el empleo de malos medios para la realización de fines buenos. Maquiavelo cree que para reorganizar una ciudad corrompida, o para fundar una nación o Estado, hace falta un legislador que, como Rómulo, Solón o Licurgo, ha de unir a la sabiduría y grandeza de alma la fuerza y el poder absoluto; y si hay personas que se oponen a que el legislador asuma este poder, el legislador no debe vacilar en quitarse de encima esas personas por los medios que estén a su alcance, para que de esta suerte prevalezcan los intereses públicos sobre los privados.

La doctrina de Maquiavelo constituye un problema de solución difícil. Se cuenta de uno de los más prestigiosos estadistas del siglo XIX que en los momentos en que con mayor celo y eficacia trabajaba por la redención de su país solía exclamar:

«Algunas veces tengo que preguntarme si continúo siendo un hombre honrado, o si me estoy convirtiendo en un canalla».

Y no es que la vida política tenga que ajustarse a una moral distinta de la que debe regir la vida privada. También en la vida privada tenemos que realizar a diario, para proceder bien, actos que son en parte malos, como castigar a un hijo nuestro o negar un favor injusto a un amigo que de verdad lo necesita. La diferencia depende de que los actos políticos, por ser generalmente más complejos que los privados, nos muestran mejor el carácter compuesto de las acciones humanas, y nos inducen más fácilmente a resignarnos a realizar un mal menor para asegurar un bien mayor.

Pero en este caso de la conducta de Alemania con Rusia no hay problema. La Gran Rusia ha de ser sacrificada y arruinada para librar de una inquietud posible a los gobernantes de Alemania.